



HISTORIAL DEL ARTÍCULO:

Recepción: 8 de junio 2012

Aceptación: 11 de julio 2012

Recepción versión final: 3 de agosto 2012

Accesible en línea: 26 de agosto 2012

EPISTEMOFILIA, AMOR DEL SABER Y PASIÓN DE LA IGNORANCIA

Lya Tourn¹

RESUMEN

Interrogar desde el psicoanálisis el origen del impulso del ser humano hacia el saber implica esclarecer las diferencias entre *epistemofilia*, pulsión de saber, deseo de saber y amor del saber. También implica no dejar de lado lo que Lacan llamara la humana “pasión de ignorancia”. El examen detenido de las “teorías sexuales infantiles”, creaciones atemporales que el niño inventa sea cual sea el esclarecimiento sexual brindado por el adulto, revela que son *desmentidas*, cuya *raison d'être* no es el deseo de saber sino el de consolidar la ignorancia necesaria para evitar el des-borde de la angustia. El amor o el interés por el niño alimentan en los adultos el deseo inconsciente de evitar o de colmar la falta. Reconocer que las respuestas brindadas son necesariamente insatisfactorias para el niño – reconocerlo *faltante* – confronta a cada adulto, padre o educador, con su manera de habérselas con su propia falta.

PALABRAS CLAVES: *Epistemofilia*, pulsión, pulsión de saber, deseo, falta

¹ Lya Tourn es doctora en psicopatología fundamental y psicoanálisis (Universidad París VII, Francia). Fue durante más de 20 años psicoanalista en París. Autor de numerosos artículos en revistas especializadas y publicaciones colectivas, publicó los libros *Chemin de l'exil. Vers une identité ouverte*, París, Editions Campagne Première, 2003 y *La psychanalyse dans les règles de l'art*, París, Seuil, 2009.

Miembro asociado de la Société de psychanalyse freudienne (SPF), París, Francia
tourn.lya@gmail.com

ABSTRACT

Question from psychoanalysis the origin of the human impulse to knowledge involves clarifying the differences between *epistemofilia*, drive to know, desire to know and love of learning. It also means not neglecting what Lacan called the human "passion for ignorance." Further examination of the "infantile sexual theories," timeless creations that the child invents whatever sexual enlightenment provided by the adult shows that are denied, whose *raison d'être* is not the desire to know but to consolidate the necessary ignorance to avoid des-edge of trouble. Love or concern for the child in adults feed the unconscious desire to avoid or remedy the fault. Recognize that the answers given are necessarily unsatisfactory for the child - to recognize missing - facing each adult, parent or teacher, with his way of dealing with your own lack.

Keywords: *Epistemofilia*, drive, drive for knowledge, desire, lack

Introducción

El propósito de este artículo no es cuestionar una vez más la existencia, los criterios o la legitimidad del estatuto epistemológico del psicoanálisis. Se trata aquí, en cambio, de proponer un ejemplo concreto del pensamiento psicoanalítico a través de la cuestión de la *epistemofilia*, supuestamente básica en todo aquello que impulsa al ser humano hacia el conocimiento. ¿Cuál es el origen del impulso hacia el saber, el conocer, el comprender... o el de su ausencia? ¿Qué puede intervenir precozmente en su desarrollo o en su inhibición ?

El término *epistemofilia* no pertenece al vocabulario de Freud. La psicoanalista inglesa Melanie Klein utiliza con frecuencia en sus escritos la expresión “pulsión epistemofílica” o “pulsiones epistemofílicas”, en referencia al concepto freudiano de “pulsión de saber o de investigación”. Esta expresión kleiniana, adoptada luego por otros autores, lleva frecuentemente, por extensión, a la utilización de *epistemofilia* como sinónimo de *pulsión de saber*. Cabe sin embargo preguntarse si se trata realmente de sinónimos, dado el lugar y la especificidad del concepto de *pulsión* en psicoanálisis. Por su etimología y su historia, *epistemofilia* invita a poner el acento en el *deseo* de saber o en el *amor* al conocimiento. Pero, como lo veremos más adelante, en el pensamiento psicoanalítico, *pulsión*, *deseo* y *amor* son entidades conceptuales bien diferenciadas que conducen a hilos de pensamiento muy distintos...

La curiosidad sexual infantil

Freud introduce el concepto de “pulsión de saber o de investigación” (*Wiss- oder Forschertrieb*) en 1905, en el segundo de sus *Tres ensayos de teoría sexual*, intitulado “La sexualidad infantil”. Forma sublimada de la “pulsión de apoderamiento” (*Bemächtigungstrieb*), que en páginas precedentes Freud sitúa entre las pulsiones parciales y vincula estrechamente con la crueldad y el sadismo, la *pulsión de saber* se alimenta de la energía de la *pulsión de ver* y se despierta en el niño entre los tres y los cinco años de edad.

¿Qué adulto teniendo alguna proximidad con los niños pequeños ha dejado de observar diversas manifestaciones de la “curiosidad sexual infantil”, no siempre exentas de cierta crueldad (hacia los animales pequeños, por ejemplo), que puede resultarle sorprendente? ¿Y qué padres, o educadores, no han sentido alguna vez su

paciencia puesta a prueba por los efectos inagotables de la famosa “edad de los porqués”?

“No son intereses teóricos, escribe Freud, sino prácticos los que ponen en marcha la actividad investigadora del niño. La amenaza que para sus condiciones de existencia significa la llegada, conocida o barruntada, de un nuevo niño, y el miedo de que ese acontecimiento lo prive de cuidados y amor, lo vuelven reflexivo y penetrante.” (Freud, 1905:177)

En algunos de sus escritos posteriores, Freud dará otro enfoque sobre la naturaleza de estos “intereses prácticos”, privilegiando la importancia del impacto del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos. Pero sean cuales sean estos “intereses prácticos”, ellos tienen como fundamento último, en el pensamiento freudiano, el “desamparo” (*Hilflosigkeit*) específico del estado de infancia, que hace al pequeño humano enteramente dependiente de los adultos que se ocupan de él (los padres, en la mayoría de los casos) y engendra una angustia intensa ante toda amenaza real o fantasmática de perderlos – o perder su amor.

En todo caso, cualquiera que sea la índole de los problemas “prácticos” que ponen en marcha la actividad investigadora del niño, ésta se concentra con vehemencia en intentar descubrir lo que le permita responder a las inquietantes preguntas de los orígenes (“¿De dónde vienen los niños?”), de la concepción (“¿Cómo se fabrican los bebés?”), del nacimiento (“¿Cómo nacen los bebés?”), de la diferencia anatómica de los sexos (“¿Cuál es la diferencia entre los hombres y las mujeres?”), de la muerte (“¿Dónde estaba yo antes de nacer?”, “¿Dónde va uno después de morir?”)...

Es el *carácter enigmático* que sus descubrimientos revisten para él, lo que, *más allá de los esclarecimientos que puedan aportar los adultos que lo rodean o de las informaciones que le pueda proporcionar el medio ambiente*, lleva al niño a inventar las asombrosas “teorías sexuales infantiles”, singulares construcciones atemporales, llenas de creatividad, con las que intenta explicárselos.

Las teorías sexuales infantiles

Sentado frente a la psicoanalista, Antonio, de apenas cuatro años, dibuja en silencio. Hace algunos minutos, había comentado a media voz: “Son dos animales, uno grande

y otro chico. Se están peleando.” Al cabo de un momento, interrumpe su dibujo y levanta la vista en dirección al diván. “¿Tú dormís ahí?”

“No, no duermo ahí. Esa no es mi cama.”

Antonio sigue dibujando durante unos instantes, se detiene nuevamente y dice: “Yo tengo mi cama, que está en mi cuarto. Mi papá y mi mamá tienen una cama grande, que está en el cuarto de ellos.” Y después de otro silencio: “¿Tú tenés nenes?” (Tourn, 2009:15)²

La madre de Antonio está embarazada. Sus padres dicen que esto no parece interesarle mucho al niño. Son padres jóvenes, inteligentes, informados y abiertos. Han hablado mucho con Antonio del futuro hermanito, le han dado todas las explicaciones posibles sobre la concepción, la gestación, el embarazo y el nacimiento, tratando de ponerlas a su alcance. Antonio los escucha sin mostrar mucho interés, no hace preguntas ni comentarios y luego cambia de tema.

En las sesiones, Antonio deja entrever que todas esas informaciones no le han impedido construir, como la mayoría de los niños de su edad, sus propias “teorías” sobre la cuestión.

Freud fue un partidario decidido del esclarecimiento sexual de los niños. “Pienso que no existe fundamento alguno para rehusar a los niños el esclarecimiento que pide su apetito de saber”, escribe en un artículo solicitado por el doctor M. Fürst, médico de Hamburgo (Freud, 1907:119). Sin embargo, en uno de sus últimos textos, en 1937, no deja de hacer notar que los esclarecimientos brindados al niño por los adultos no lo llevan en modo alguno a renunciar a las teorías, más acordes con las características de su organización libidinal, que él se forjó por sus propios medios. Como suele suceder con la lectura de los textos psicoanalíticos, el lector, dice Freud, “sólo se “emocionará” con aquellos pasajes en los que se sienta tocado, vale decir, que afecten los conflictos eficaces en su interior por el momento. Todo lo demás lo dejará frío”. Y comparando este hecho con lo que ocurre con el esclarecimiento sexual de los niños, concluye: “ Uno se convence de que ni siquiera están prontos a sacrificar tan rápido aquellas teorías sexuales – uno diría: naturales – que ellos han formado en acuerdo con su organización libidinal imperfecta [...]” (Freud, 1937: 236)

² Yo traduzco.

En efecto, aún cuando la voluntad de decir “toda la verdad” al niño sea muy grande, las respuestas de los adultos no son nunca enteramente satisfactorias para éste. Los mejores hallazgos metafóricos, las demostraciones pedagógicas más trabajadas, las comparaciones más verosímiles con el reino animal o vegetal, las explicaciones científicas más claras puestas a su alcance no pueden evitarle al niño los efectos de su “inacabamiento” sexual: al fin de cuentas, los medios que le permitirían comprender el misterio del *goce* no le son aún accesibles.

Esto lo descubre súbitamente Alberto, padre de una niña de cuatro años y medio, cuyas palabras son una buena ilustración de lo que precede: “Usted ya sabe lo que pienso... Yo siempre fui muy franco con Laurita en materia sexual. Estaba muy contento de mí mismo y de la manera como, con su madre, habíamos contestado a todas sus preguntas sobre la sexualidad. Pero el otro día, cuando estábamos en la cola del supermercado, dejé pasar adelante nuestro a una señora embarazada. Laurita me dice: “Claro, la señora está esperando un bebé, ¿verdad papá?”. Se imaginará lo orgulloso que me sentí cuando vi las sonrisas enternecidas y aprobadoras de varias personas que oyeron el comentario... Pero después de unos minutos, oigo la voccecita perfectamente clara de mi hija preguntarme: “Papá, explicame, qué es una prostituta?” Hubo un gran silencio. No supe qué contestar. No entiendo porqué se le ocurrió preguntarme eso... Pero me dejó completamente desarmado...”

No conocemos a ciencia cierta los caminos de pensamiento que llevaron a la niña a formular esta pregunta. Podemos suponer, sin embargo, que lo que Laurita interroga a través de ésta es lo que necesariamente *falta* en las explicaciones de sus padres sobre el amor, la sexualidad, la concepción, la maternidad, la paternidad, el nacimiento... para descifrar o nombrar el *goce*, que permitiría “explicar qué es una prostituta”. Y que la súbita confrontación con la imposibilidad de colmar esa falta es lo que deja al padre de la niña “completamente desarmado”.

Pero volvamos a Antonio. A la luz de lo que éste había venido comunicando a la analista en las sesiones precedentes, reconocer el lazo asociativo que guía sus comentarios no presenta dificultad. Lejos de dejarlo indiferente, el embarazo de su madre provoca en él una multitud de preguntas y lo sumerge en una intensa actividad psíquica. Cómo se hacen los niños, él ya lo sabe, pero... ¿Qué ocurre en el dormitorio de los padres? ¿Qué hacen ellos allí sin mí?, parece preguntarse Antonio. El dormitorio de los padres, territorio prohibido de estadía nocturna, aparece como un

lugar lleno de secretos y misterios, de los que se ve excluido. Las preguntas de Antonio se declinan, sesión tras sesión, en todo tipo de comparaciones, oposiciones, distinciones significantes: a la “cama chica” se opone la “cama grande”, “uno solo” se vuelve antinomia de “dos juntos”, al “dos” se opone el “tres”, al “tres” se opone el “cuatro”...

Los esclarecimientos brindados por los adultos no impiden que Antonio continúe dando crédito a sus propias creencias fantasmáticas: el dibujo representa la “escena primaria” como dos animales, “uno grande y uno chico”, que se están peleando. Se trata de una de las formulaciones habituales de la teoría infantil que Freud llama “concepción sádica del coito” (Freud, 1908:196).

La insatisfacción inevitable que provocan los esclarecimientos de los adultos impulsan al niño a continuar solo con sus investigaciones. “La investigación sexual de la primera infancia, dice Freud, es siempre solitaria; implica un primer paso hacia la orientación autónoma en el mundo y establece un fuerte extrañamiento del niño respecto de las personas de su contorno, que antes habían gozado de su plena confianza.” (Freud, 1905:197)

Pese a las informaciones recibidas, descartando en un mismo gesto cigüeñas, repollos, hamsters y semillitas, el “pequeño explorador”, como lo llama Freud, armará en secreto las teorías más complejas: los niños se obtendrían comiendo algo particular o besándose en la boca...; los bebés nacerían por el ano...; la diferencia anatómica de los sexos no existiría en verdad, todos los seres humanos, hombres y mujeres, tendrían pene; para las niñas, el crecimiento del pene sería sólo una cuestión de tiempo...; la relación sexual no sería sino una lucha entre “uno que es más fuerte” y “otro que es más débil”...

Sería un error creer que estas “teorías sexuales infantiles” no han resistido al “postmodernismo”. A pesar de las profundas modificaciones que, en nuestra época, conmocionan la procreación, la filiación, la familia, la paternidad, la maternidad, la sexualidad, la diferencia de sexos... y sea cual sea la influencia de los medios de información, los niños de hoy siguen fabricando esas admirables invenciones que testimonian inequívocamente la atemporalidad del inconsciente.

Las “teorías sexuales infantiles” serán abandonadas cuando la pasión por otros saberes tome su lugar. Reprimidas, pero nunca perdidas, ellas se deslizarán a

menudo, de manera invisible, en diversas formas – aún las más “sabias” – de la teorización adulta.

¿De la pulsión de saber al amor al conocimiento?

Si aceptamos con Freud la naturaleza *pulsional* de la actividad investigadora precoz del niño, no resulta pertinente atribuir, en el sentido estricto, su origen a la *epistemofilia*. Freud define la *pulsión (Trieb)* como un impulso o fuerza de fuente invariablemente somática, cuya meta última es la satisfacción capaz de suprimir el estado de tensión que la pone en movimiento a través de un objeto infinitamente variable. Así definida, la pulsión está lejos de ser un concepto compatible con lo que designan habitualmente las expresiones “amor al conocimiento” o “deseo de saber”. Por otra parte, la vinculación estrecha de la *pulsión de saber o de investigación* con la sexualidad, con la pulsión de ver, con la pulsión de apoderamiento y la crueldad parecen alejarla aún más radicalmente de la idea contenida en *epistemofilia*.

Pero esto no es todo. Al examinar atentamente las teorías sexuales infantiles, descubrimos que, en realidad, todas ellas tienen el carácter de auténticas *desmentidas (Verleugnung)*. En acuerdo con la naturaleza pulsional de la actividad investigadora que las engendra, la función de estas creaciones infantiles es ante todo *suprimir la tensión psíquica* provocada en el niño por los inquietantes enigmas que resultan de sus descubrimientos. En otras palabras, podríamos decir que la verdadera razón de ser de las teorías sexuales infantiles no es el deseo de saber sino, al contrario, el de consolidar la *ignorancia* necesaria para evitar el *des-borde* de la angustia...

Si la concepción y el nacimiento de los niños se limita a circular por el sistema digestivo..., si la diferencia de sexos es inexistente o sólo momentánea..., si la “escena primaria” no es sino una relación sádica asexuada entre un fuerte y un débil..., ¿no hay falta ni castración que temer!

Pero conservar la ignorancia resulta a veces difícil y costoso. Los esfuerzos desplegados por el niño para mantener sus *desmentidas* terminan por resultar infructuosos. Por lo general, escribe Freud, las tentativas del pequeño investigador terminan en una renuncia “que no rara vez deja como secuela un deterioro permanente de la pulsión de saber” (Freud, 1905:179). Y en 1910, insiste: “La

impresión de este fracaso en el primer intento de autonomía intelectual parece ser duradera y deprimente” (Freud, 1910:74).

Sin embargo, pese a todo lo dicho anteriormente, pulsión de saber (*Wissentrieb*) y deseo o apetito de saber (*Wissbegierde*) aparecen, en el pensamiento freudiano, estrechamente vinculados. Según Freud, los tres *destinos* posibles de la pulsión de saber – que resultan de su temprano enlace con la sexualidad – intervienen de manera determinante en las formas que pueda tomar el apetito de saber, así como en su intensidad, desarrollo o inhibición.

Así, cuando el fracaso de la actividad teorizante resulta demasiado “deprimente” para el niño, llevándolo a un renunciamiento masivo a la curiosidad sexual, y cuando, al mismo tiempo, la represión (*Verdrängung*) de la sexualidad infantil, ayudada por factores sociales o educativos, se hace demasiado poderosa, puede resultar de ello una inhibición permanente del apetito de saber y una limitación duradera de la actividad intelectual.

Cuando, por el contrario, la curiosidad sexual precoz se ve excesivamente reforzada y la represión de la sexualidad infantil no alcanza a limitar el investimento de la actividad intelectual, el apetito de saber, sexualizado, puede ponerse más tarde al servicio de un cavilar sin fin.

Por último, si, como es el caso en el destino pulsional que Freud califica de “más raro y perfecto”, la energía sexual (*libido*) escapa a la represión y, sublimada, viene a reforzar una ya vigorosa pulsión de investigar, el apetito de saber y la actividad intelectual pueden desarrollarse libremente. La *sublimación*³ designa un proceso inconsciente que corresponde a la capacidad específicamente humana de desviar la pulsión del objeto y la meta sexuales iniciales para poner su energía al servicio de realizaciones creadoras y culturales. El incomparable genio creador de Leonardo da Vinci ofrece, según Freud, un paradigma luminoso de este tercer destino pulsional.

Como vemos, el camino que lleva de la pulsión de saber al deseo de saber o al amor del conocimiento no es de los más directos... Para sortear los obstáculos que se interponen entre ambos, Freud hace intervenir una alquimia que, aún hoy en día, resulta difícil de definir.

³ Formado por *sub*, que indica el desplazamiento hacia lo alto, y *limen*, límite, *sublimación* formaba parte, al comienzo, del vocabulario de la alquimia.

Pasión de ignorancia

“No hay deseo de saber, esa famosa *Wissentrieb* que Freud señala en alguna parte”, dice Lacan en el seminario del 8 de mayo de 1973. “Ahí, Freud se contradice.” (Lacan, 1975:96)⁴

Si la traducción de *Wissentrieb* por “deseo de saber” puede prestarse a confusión, el propósito de esta frase de Lacan, a condición de situarla en la línea de pensamiento que es la suya, no deja de ser perfectamente claro.

En el seminario del 2 de mayo de 1956, comentando *Moisés y la religión monoteísta*, Lacan interroga la pasión que anima la investigación de Freud, esa manera “encarnizada, casi desesperada” de tratar de explicar, hasta el final de su vida, la *búsqueda de la verdad* en el hombre. “La dimensión de la verdad es misteriosa, inexplicable, dice Lacan, buen conocedor de la humana pasión de ignorancia, nada permite explicar decisivamente su necesidad, puesto que el hombre se acomoda perfectamente de la no-verdad.” (Lacan, 1981:243)⁵ Freud subraya, en efecto, en el *Moisés*, la escasa aptitud del intelecto humano para captar la verdad y señala que la vida psíquica, lejos de mostrar una inclinación particular en reconocerla, tiende, al contrario, a no creer sino en sus propias *ilusiones de deseo (Wunschillusionen)* (Freud, 1939:124).

Para Lacan, Freud elige a Edipo como figura fundamental en la que reconoce su descubrimiento – el descubrimiento del inconsciente en el sentido específicamente freudiano – justamente a causa de la *ignorancia* (de la verdad) de éste. Su “*él no lo sabía*”, afirma en el seminario del 11 de enero de 1961, prefigura la topología freudiana del inconsciente. (Lacan, 1991:122)⁶ La ignorancia de Edipo, en efecto, es como un paradigma de lo que revela toda experiencia psicoanalítica.

“No vemos porqué la verdad sería forzosamente siempre benéfica. Hay que tener el diablo en el cuerpo para imaginarse semejante cosa, cuando todo demuestra lo contrario”, dice, retomando el tema de la “*pulsión epistemofílica*, como inventaron llamarla”, en relación con las figuras de Edipo y Moisés, casi diez años más tarde (Lacan, 1991:122)⁷. Si Edipo “termina muy mal”, agrega, “es porque quiso

⁴ Yo traduzco.

⁵ Yo traduzco.

⁶ Yo traduzco.

⁷ Yo traduzco.

absolutamente saber la verdad” (Lacan, 1991:135)⁸. En su búsqueda encarnizada de la verdad, Edipo, en efecto, “termina muy mal”, puesto que, como lo recuerda Lacan, la verdad conduce a la castración⁹.

Lo cierto es que, si se cree lo que cuentan tanto la saga como Sófocles, Edipo también empieza muy mal, puesto que *no sabe* que es hijo adoptivo. Edipo *no sabe* lo que revelan sus tobillos perforados, a los que, sin embargo, su nombre hace directamente alusión¹⁰. Pese a esta ignorancia, las palabras “supuesto hijo”, con que un borracho lo insulta durante una comida, lo precipitan en el más completo desasosiego... Ellas “*se abren camino poco a poco en el corazón*”¹¹ (Sófocles, 1973: 224), a pesar de la negación indignada de los “supuestos padres”. Esas palabras de borracho, en las que Edipo elige escuchar la verdad, desencadenan la investigación sobre los orígenes que lleva al desenlace que conocemos.

Hasta que esas palabras son pronunciadas, Edipo desmiente todo aquello que pueda confrontarlo con la verdad. La desmentida, que, como dijimos antes, consolida la ignorancia necesaria para evitar la angustia sin bordes, se apoya en lo no-dicho sobre sus orígenes, en lo que ha sido ocultado por sus padres adoptivos, no puesto en palabras. Pero lo no dicho con palabras suele gritar a través de una multitud de indicios. Para Edipo, las palabras “tus padres no son tus padres”¹², aún pronunciadas por un borracho anónimo, hacen hablar los indicios y desmoronan la construcción que sirve de desmentida. La verdad se vuelve entonces, como lo sabemos, enceguedora...

Deseo de saber, falta y deseo de colmar

¿Cómo evaluar, pues, la importancia de la intervención de los padres, de los educadores, de la transmisión, del esclarecimiento sexual del niño... en estos pasajes

⁸ Yo traduzco.

⁹ « Romper los ojos » es, a la vez, una de las figuras de la castración y uno de los efectos que se atribuye a la evidencia de la verdad.

¹⁰ Una de las interpretaciones etimológicas posibles del nombre Edipo es « el de los pies hinchados ». Esta marca que lleva Edipo en su cuerpo es la consecuencia de la herida infligida por Laios, su padre, al perforarle los tobillos para trabarlos con una cadena, en el momento de abandonar al recién nacido sobre el monte Citerón.

¹¹ Yo traduzco.

¹² Ver sobre este punto lo desarrollado por Freud en « La novela familiar de los neuróticos » (1909), AE, vol. IX.

cruzados de la pulsión de investigar, la pasión de ignorar, el deseo de saber y el amor del saber...?

Reconocer los límites del esclarecimiento brindado al niño por los adultos que lo rodean no significa en modo alguno considerarlo superfluo. Señalar los obstáculos que las pulsiones “hiperpotentes” puedan oponer a la tarea civilizadora, su carácter “indomable”, o aún calificar de “imposible” la profesión de educar – junto con la de gobernar y la de psicoanalizar (Freud, 1925: 296 y 1937: 249), a la que Freud dedicó su vida... –, nunca impidió a este último participar sin descanso y con la mayor exigencia en el “trabajo de cultura” (*Kulturarbeit*), que comparaba con el desecamiento del Zuiderzee¹³.

Brindarle al niño el esclarecimiento sexual que reclama su “apetito de saber” no impide dejar el espacio necesario para que desarrolle su propia actividad teorizante. Que esta actividad “fracase”, que las respuestas del adulto sean obligatoriamente insatisfactorias para el niño y que esto lo confronte a una experiencia en cierto grado “deprimente” no debe hacer olvidar que este “fracaso”, esta insatisfacción y esta “depresión” son también pasos necesarios en su construcción como sujeto separado y... faltante. O sea, deseante, porque ¿cómo sería posible el deseo sin la falta?

Aceptar esto confronta infaliblemente a cada adulto, padre o educador, con su manera de habérselas con su propia falta.

Es lo que descubre y analiza con mucha fineza Isabel, educadora, que trabaja con niños pre-escolares :

“Estaba cambiándole los pañales a Matías, mientras varios de los niños más grandecitos jugaban, como siempre, alrededor. En eso viene Mario, que tiene cuatro años, se para al lado mío y me pregunta, con un airecito provocador : “¿Es nene o nena?”

“Es un nene, se llama Matías”.

“Claro, dice Mario con una gran sonrisa de entendido, los nenes tienen “pito” y las nenas *no tienen*.”

“*Exactamente*”, le contesto, también con una gran sonrisa.

¹³ El Zuiderzee es un golfo del norte de los Países Bajos. La metáfora de Freud se refiere al sistema de polders, extensiones artificiales de tierra que permiten ganar terreno sobre el mar.

Después, me oí. ¡Y me quedé estupefacta!”

Lo que motiva aquí la estupefacción de Isabel no es el haber cometido un *error* en su respuesta a Mario... “¡Es que ni se me pasó por la cabeza decirle otra cosa!, comenta. ¡Decirle *lo que las nenas tienen*, por ejemplo! ¡A las nenas les *falta*, no hay nada que hacer! ¡Con todos estos años de análisis, sigo teniendo cuatro años!”

Isabel tiene evidentemente razón en no estar preocupada con respecto a Mario... Y también ve con justeza – y asombro – que la aprobación espontánea y sonriente con que acoge la “teoría” del niño tiene su origen en la coincidencia de ésta con su propia manera inconsciente de “teorizar” la falta.

¿Y cómo podría ser de otro modo?

De conocer esta anécdota atribuida a Jacques Lacan, lo de “seguir teniendo cuatro años” aparecería seguramente a Isabel bajo una luz mucho más favorable:

A una joven analista, sentada a su lado durante una cena, que le preguntaba con admiración cuál era la fuente de inspiración de tantas ideas brillantes, Lacan le habría respondido al oído: “No lo diga a nadie: tengo cinco años”.

El amor o el interés por el niño alimentan, lógicamente, en los adultos, con mayor o menor intensidad, el deseo inconsciente de evitar o de colmar la falta. “No quiero que le falte nada” es la expresión de una fantasía, más o menos admitida o formulada, habitual en quienes aman a los niños, a la que no deja de hacer eco la que expresa la frase: “Lo único que me falta es tener un niño”...

Pero en la medida en que la aspiración a satisfacer el “apetito de saber” del niño no sea en el adulto únicamente la manifestación *ciega* de esta fantasía, o dicho de otro modo, en la medida en que el adulto no se “engañe” demasiado, no sea completamente “inocente” (*dupe*, como diría Lacan) con respecto a su propio deseo, nada justifica poner en duda su legitimidad o desconocer su participación en el “trabajo de cultura” humanizante.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1905), II. « *La sexualidad infantil*». En: Freud, S. (1905) **Tres ensayos de teoría sexual, Sigmund Freud Obras completas**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, volumen VII / *Gesammelte Werke*, t. V
- Freud, S. (1907), “*El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Furst)*”, **Sigmund Freud, Obras completas**, Amorrortu editores, Buenos Aires, volumen IX / *Gesammelte Werke*, t. VII
- Freud, S. (1908), “*Sobre las teorías sexuales infantiles*”, **Sigmund Freud, Obras completas**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, volumen IX / *Gesammelte Werke*, t. VII
- Freud, S. (1910), “*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*”, **Sigmund Freud, Obras completas**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, volumen XI / *Gesammelte Werke*, t. XI
- Freud S. (1925), “*Prólogo a August Aichhorn, Verwahrloste Jugend*”, **Sigmund Freud, Obras completas**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, volumen XIX / *Gesammelte Werke*, t. XIV
- Freud S. (1937), “*Análisis terminable e interminable*”, **Sigmund Freud, Obras completas**, Amorrortu editores, Buenos Aires, volumen XXIII / *Gesammelte Werke*, t. XVI
- Freud S. (1939), **Moisés y la religión monoteísta, Sigmund Freud, Obras completas**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, volumen XXIII / *Gesammelte Werke*, t. XVI
- Lacan J., **Le Séminaire, Livre III, Les psychoses** (1955-1956), Paris, Seuil, 1981
- Lacan J., **Le Séminaire, Livre VIII, Le transfert** (1960-1961), Paris, Seuil, 1991
- Lacan J., **Le Séminaire, Livre XVII, L'envers de la psychanalyse** (1969-1970) Paris, Seuil, 1991
- Lacan J., **Le Séminaire, Livre XX, Encore** (1972-1973), Paris, Seuil, 1975

Sófocles, ***Œdipe Roi, Tragédies***, Paris, Gallimard, 1973

Tourn L. , ***La psychanalyse dans les règles de l'art***, Paris, Seuil, 2009